



Dulce Jesús mío, mi Niño adorado...

Nuestra Novena Colombiana





Rescatemos la bella
costumbre de rezar la novena
de aguinaldos al lado del
pesebre. Con música y
villancicos, preparemos la
llegada del Niño Dios.

Oración para todos los días

Benignísimo Dios de infinita Caridad, que tanto amasteis a los hombres, que les disteis en vuestro Hijo la mejor prenda de vuestro amor, para que, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, naciese en un pesebre para nuestra salud y remedio; yo, en nombre de todos los mortales, os doy infinitas gracias por tan soberano beneficio. En retorno de él, os ofrezco la pobreza, humildad y demás virtudes de vuestro Hijo humanado, suplicándoos por sus divinos méritos, por las incomodidades con que nació y por las tiernas lágrimas que derramó en el pesebre, dispongáis nuestros corazones con humildad profunda, con amor encendido, con total desprecio de todo lo terreno, para que Jesús recién nacido, tenga en ellos su cuna y more eternamente. Amén.

Gloria Patri (3 veces)

Día primero *Consideración* (16 de diciembre)



En el principio de los tiempos, el Verbo reposaba en el seno de su Padre, en lo más alto de los cielos. Allí era la causa y a la vez el modelo de toda la creación. En esas profundidades de una incalculable eternidad, permanecía el Hijo de Dios antes de bajar a la tierra y de nacer en la gruta de Belén.

Allí, en el seno de la Santísima Trinidad, es donde debemos buscar sus principios que jamás han comenzado: De allí debemos datar la genealogía del Eterno, que no tiene antepasados, y contemplar la vida de complacencia infinita que allí reinaba.

La vida del Verbo Eterno en el seno de su Padre era una vida maravillosa; y sin embargo, misterio sublime, busca otra morada, una mansión creada. No era porque en su mansión eterna faltase algo a su infinita felicidad, sino porque su misericordia infinita anhelaba la Redención y la salvación del género humano, que sin ÉL no podía verificarse. El pecado de Adán había ofendido a Dios, y esa ofensa infinita no podía ser perdonada sino por los méritos del mismo Dios. La raza de Adán había desobedecido y merecido un castigo eterno. Era pues necesario, para salvar y satisfacer esta culpa, que Dios, sin dejar el cielo, tomaste la forma de hombre sobre la tierra y con la obediencia a los designios de su Padre, expiase aquella desobediencia. Por eso el Verbo Eterno, ardiendo en deseos de salvar al género humano, resolvió hacerse hombre y así redimir a los hombres.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día segundo

Consideración (17 de diciembre)

El Verbo eterno se halla a punto de tomar su naturaleza creada en la Santa Casa de Nazaret, en donde moraban María y José. Cuando la sombra del secreto divino vino a deslizarse sobre Ella, María estaba sola, ensimismada en la oración. Ella pasaba las silenciosas horas de la noche en la unión más estrecha con Dios, y mientras oraba, el Verbo tomó posesión de su morada creada. Sin embargo, no llegó repentinamente: Dios envió al Arcángel San Gabriel como mensajero para pedir a María su consentimiento para la Encarnación.

El Creador no quiso efectuar este gran misterio sin la aceptación de su criatura. Aquel momento fue muy solemne. Con qué adorables delicias e inefables complacencias, aguardaría la Santísima Trinidad que María abriese sus labios y pronunciase el “Fiat”, el cual debió ser suave melodía; ¡con él, se conformaba su profunda humildad a la omnipotente Voluntad Divina! La Virgen Inmaculada ha dado su consentimiento y el Arcángel ha desaparecido. Dios se ha revestido de una naturaleza creada; la voluntad eterna está cumplida y la creación completada.

El Verbo se ha hecho carne, y aunque todavía invisible para el mundo, habita ya entre los hombres que por su inmenso amor ha venido a rescatar

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día tercero

Consideración (18 de diciembre)

Así había comenzado su vida encarnada el Niño Dios. Consideremos el alma gloriosa y el santo cuerpo que había tomado, adorándolos profundamente.

Admirando, en primer lugar, el alma de ese Divino Niño, consideremos en ella la plenitud de su ciencia beatífica, por la cual, desde el primer momento de su vida, vio la Divina Esencia más claramente que todos los ángeles, y leyó lo pasado y lo por venir con todos sus arcanos. Del alma del Niño Dios, pasemos ahora a su cuerpo que era un mundo de maravillas, una obra maestra de la mano de Dios. Quiso que fuese pequeño y débil como el de todos los niños, y sujeto a todas las incomodidades de la infancia para asemejarse más a nosotros y participar de nuestras humillaciones. La belleza de este cuerpo del Divino

Niño fue superior a cuanto se ha imaginado jamás, y la divina sangre, que por sus venas comenzó a circular desde el momento de su Encarnación, es la que lavó todos los pecados y las manchas del mundo culpable.

Pidámosle que lave nuestros pecados en el Sacramento de la Penitencia, y le prometamos nuestra Confesión, para que el día de su dichosa Navidad nos encuentre purificados y perdonados, y en condiciones de recibirle, con amor y provecho espiritual, en la Santa Comunión de la Misa.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día cuarto *Consideración* (19 de diciembre)

Desde el seno de su Madre, comenzó el Niño Jesús a poner en práctica su eterna sumisión a Dios, la cual continuó sin la menor interrupción durante toda su vida.

Adoraba a su eterno Padre, le amaba y se sometía a su Voluntad. Aceptada con resignación toda su debilidad, toda su humillación, todas sus incomodidades. ¿Quién de nosotros quisiera retroceder a un estado semejante, el de la niñez, con el pleno goce de la razón y de la reflexión? Por aquí entró el Divino Niño en su dolorosa y humillante carrera. Así empezó a anonadarse delante de su Padre, a enseñarnos que Dios merece todo por parte de su criatura, así empezó a expiar nuestro orgullo, origen de nuestros pecados.

¿Deseamos hacer verdadera oración? Empecemos por formarnos de ella una idea correcta, contemplando al Niño Dios en el seno de su Madre.

El Divino Niño ora, y ora de un modo excelente. No habla, no medita, ni se deshace en tiernos afectos. Su mismo estado lo acepta con la intención de honrar a Dios, y expresa todo lo que Dios merece y cómo quiere Él ser adorado por nosotros.

Unámonos a las adoraciones del Niño Dios en el seno de María. Unámonos a su profundo abatimiento, y sea éste el primer efecto de nuestro sacrificio ante Dios. Desaparezcamos a nuestros propios ojos y que Dios sea todo para nosotros.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día quinto

Consideración (20 de diciembre)

Ya hemos visto la vida que llevaba el Niño Dios en el seno de su purísima Madre. Veamos hoy la vida que llevaba María durante el mismo espacio de tiempo. María no cesaba de aspirar el momento en que gozaría de esa visión beatífica en la tierra: Ver la faz de Dios encarnado. Estaba a punto de ver aquella faz humana que debía iluminar el Cielo durante toda la eternidad. Iba a ver el amor filial en aquellos mismos ojos cuyos rayos debería esparcir para siempre la felicidad en millones de elegidos. Iba a verle en la ignorancia aparente de la infancia, en los encantos particulares de la juventud y en la serenidad reflexiva de la edad madura.

¡Tal era la expectativa de María!, inaudita en sí misma, mas no por eso dejaba de ser real. Su vida es el tipo magnífico de toda vida católica. No nos contentemos con admirar a Jesús residiendo en María, sino pensemos que en nosotros también reside por esencia, potencia y presencia.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día sexto

Consideración (21 de diciembre)

Jesús había sido concebido en Nazaret, la casa de José y de María, y era de creerse que allí habría de nacer. Más Dios había dispuesto de otra manera. Los profetas habían anunciado que el Mesías nacería en Belén de Judá, ciudad de David.

Para que se cumpliese esta profecía, Dios se sirvió de un medio que no parecía tener Ninguna relación con este objeto a saber: la orden dada por el emperador Augusto de que todos los súbditos del Imperio Romano se empadronasen en el lugar de donde eran originarios. María y José, como descendientes que eran de David, estaban obligados a ir a Belén. No ignoraba Jesús en qué lugar debía nacer, y así inspira a sus padres que se entreguen a la Providencia, y que de esta manera concurren a la ejecución de sus designios.

Almas interiores, observad este proceder del Divino Niño porque es el más importante de la vida espiritual: Aprended que el que se ha entregado a Dios, ya no ha de pertenecerse a sí mismo, ni ha de querer sino lo que Dios quiera para él.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día séptimo

Consideración (22 de diciembre)

Representemos el viaje de María y José hacia Belén, llevando consigo al Creador del universo aún no nacido. Contemplemos la humildad y la obediencia de ese Divino Niño, que aunque de raza judía, obedece así a un príncipe extranjero que pide el censo de su provincia. Y como si hubiese para Él en esa circunstancia algo que le halagase, quiere apresurarse a hacerse empadronar oficialmente como súbdito en el momento en que llega al mundo.

El anhelo de José, la expectativa de María son cosas que no puede expresar el lenguaje humano.

El Padre Eterno se halla, si nos es lícito emplear esta expresión, adorablemente impaciente por entregar a su Hijo Unigénito al mundo, y por verle ocupar su puesto entre las criaturas visibles.

El Espíritu Santo arde en deseos de presentar a la luz del día esa Santa Humanidad que Él mismo ha formado con divino esmero.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena



Día octavo

Consideración (23 de diciembre)

Llegan a Belén José y María buscando hospedaje en los mesones, pero no lo encuentran, ya a causa de su pobreza, ya porque están llenos de visitantes. Empero, nada puede turbar la paz interior de los que están fijos en Dios.

Si José experimentaba tristeza cuando era rechazado de casa en casa porque pensaba en María y en el Niño, sonríase también con santa tranquilidad cuando fijaba la mirada en su casta esposa. El ruido de cada puerta que se cerraba ante ellos era una dulce melodía para sus oídos. Eso era lo que Dios hecho hombre había venido a buscar.

El deseo de esas humillaciones era lo que había contribuido a hacerle tomar la forma humana. ¡Oh Divino Niño de Belén! Estos días que tantos han pasado y pasarán en fiestas y diversiones, o descansando tranquilamente en cómodas mansiones, han sido para vuestros padres días de fatiga y vejaciones de toda clase.

El espíritu de esa ciudad de Belén es el de un mundo que ha olvidado a Dios. ¡Y cuántas veces no ha sido también nuestro espíritu! El sol se pone ese 24 de diciembre detrás de los tejados de Belén, y sus últimos rayos doran la cima de las rocas escarpadas que la rodean. Hombres groseros codean rudamente a José en las calles de aquella aldea oriental y cierran sus puertas al ver a la Madre de Dios. La bóveda de los cielos aparece purpurina encima de aquellas colinas frecuentadas por pastores. Las estrellas van apareciendo unas tras otras. Algunas horas más, y aparecerá el Verbo Eterno.

Diríjase a la página 14 para continuar con la novena

Día noveno

Consideración (24 de diciembre)

La noche se ha cerrado del todo en las campiñas de Belén. Desechados por los hombres y viéndose sin abrigo, María y José han salido de la inhospitalaria población, y se han refugiado en una gruta que se encontraba al pie de la colina. Seguía a la Reina de los Ángeles el jumento que le había servido de humilde cabalgadura durante el viaje, y en aquella cueva hallaron un manso buey.

El Divino Niño desconocido por criaturas racionales, acude a las irracionales para que calienten con su tibio aliento la atmósfera helada de esa noche de invierno, y le manifiesten con esto y con su humilde actitud el respeto y adoración que Belén le había negado.

La rojiza antorcha que José tenía en la mano ilumina tenuemente ese paupérrimo recinto, ese pesebre lleno de paja que es figura profética de las maravillas del altar y de la íntima y prodigiosa unión que Jesús ha de contraer con los hombres. María está en adoración en medio de la gruta, y así van pasando silenciosamente las horas de esa noche llena de misterio.

Pero ha llegado la media noche y de repente vemos dentro de ese pesebre poco antes vacío, al Divino Niño esperando, vaticinando, deseando durante cuatro mil años con tan inefables anhelos. A sus pies se postra su Santísima Madre, en los transportes de una admiración de la cual nada puede dar idea. José también se le acerca y le rinde homenaje con lo que inaugura su imponderable oficio de padre putativo del Redentor de los hombres. La multitud de ángeles que descienden del cielo a contemplar esa maravilla sin par, deja estallar su alegría y hace vibrar en los aires las armonías de esa Gloria in Excelsis, que es el eco de adoración que se produce en el trono del Altísimo y que hace perceptible por un instante a los oídos de la pobre tierra las armonías celestiales.

Convocados por los ángeles, vienen en tropel los pastores de la comarca a adorar el niño recién nacido, y presentar sus humildes ofrendas.

Ya brilla en el oriente la misteriosa estrella de Jacob y ya se pone en marcha hacia Belén la caravana esplendida de los Reyes Magos que dentro de pocos días vendrán a depositar a los pies del Divino Niño el oro, el incienso y la mirra, que son símbolos de la caridad, de la adoración y de la mortificación.

¡Oh adorable Niño! nosotros, los que hemos hecho esta novena en honor de vuestra Natividad, queremos ofreceros nuestra pobre adoración; no la rechazéis, venid a nuestras almas, venid a nuestros corazones llenos de amor. Encended en ellos la devoción a vuestra infancia, no intermitente y solo circunscrita al tiempo de vuestra Natividad sino siempre en todos los tiempos; devoción que fiel y celosamente propagada nos conduzca a la vida eterna, librándonos del pecado y sembrando en nosotros todas las virtudes cristianas.





Oraciones

A la Santísima Virgen

(Para todos los días)

Soberana María, que por vuestras grandes virtudes, y especialmente por vuestra humildad, merecisteis que todo un Dios os escogiese por Madre suya, os suplico que vos misma preparéis y dispongáis mi alma, y la de todos los que en este tiempo hicieren esta Novena, para el nacimiento espiritual de vuestro adorado Hijo.

¡Oh dulcísima Madre! Comunicadme algo del profundo recogimiento y divina ternura con que le aguardasteis Vos, para que nos hagáis menos indignos de verle, amarle y adorarle por toda la eternidad. Amén.

(Tres veces el Ave María)

A San José

(Para todos los días)

¡Oh Santísimo José, esposo de María y padre putativo de Jesús!, infinitas gracias doy a Dios porque os escogió para tan altos ministerios, y os adornó con todos los dones proporcionados a tan excelente grandeza. Os ruego, por el amor que tuvisteis al Divino niño, me abracéis en fervorosos deseos de verle y recibirle sacramentalmente, mientras en su divina Esencia le vea y le goce en el cielo. Amén.

(Padre Nuestro, Ave María y Gloria)



GOZOS

(Para todos los días)

Dulce Jesús mío mi Niño adorado

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Oh Sapiencia suma del Dios Soberano,
que a nivel de un niño te hallas rebajado.
¡Oh divino infante ven para enseñarnos
la prudencia que hace verdaderos sabios!

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Oh raíz sagrada de Jesé que en lo alto
presentas al orbe tu fragante nardo
Dulcísimo Niño que has sido llamado lirio
de los valles bella flor del campo

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Oh lumbre de Oriente, sol de eterno
rayos, que entre las tinieblas tu esplendor
veamos
Niño tan precioso, dicha del cristiano,
luzca la sonrisa de tus dulces labios

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Rey de las naciones Emmanuel preclaro,
de Israel anhelo, ¡Pastor del rebaño!
Niño que apacientas con suave cayado, ya
la oveja arisca, ya el cordero manso!

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Ábranse los cielos y llueva de lo alto
bienhechor rocío, como riego santo

¡Ven hermoso Niño!
¡Ven Dios humanado!

luce hermosa estrella, brota flor del campo!

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Ven que ya María previene sus brazos de
su Niño vean en tiempo cercano
Ven, que ya José, con anhelo sacro se
dispone a hacerse de tu amor sagrario

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Del débil auxilio, del doliente amparo,
consuelo del triste luz del desterrado!
Vida de mi vida, mi dueño adorado, mi
constante amigo, ¡mi divino hermano

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Véante mis ojos de ti enamorados
bese ya tus plantas bese ya tus manos!
prosternado en tierra te tiendo los brazos
y aún más que mis frases te dice mi llanto

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

¡Ven Salvador nuestro, por quien
suspiramos!

¡Ven a nuestras almas!
¡Ven no tardes tanto!

Oración Al Niño Jesús

(Para todos los días)

Acordaos, ¡oh dulcísimo Niño Jesús!, que dijisteis a la venerable Margarita del Santísimo Sacramento, y en persona suya a todos vuestros devotos, estas palabras tan consoladoras para nuestra pobre humanidad agobiada y doliente: “Todo lo que quieras pedir, pídelo por los méritos de mi infancia y nada te será negado”.

Llenos de confianza en Vos, ¡oh Jesús!, que sois la misma Verdad, venimos a expresaros toda nuestra miseria. Ayúdanos a llevar una vida santa, para conseguir una eternidad bienaventurada.

Concedéndonos, por los méritos infinitos de vuestra Encarnación y de vuestra infancia, la gracia de la cual necesitamos tanto. Nos entregamos a Vos, ¡oh Niño omnipotente!, seguros de que no quedará frustrada nuestra esperanza, y de que en virtud de vuestra divina Providencia, acogeréis y despacharéis favorablemente nuestras súplicas.

Amén.

